

Poesías  
Completas,  
de Emilio Prados

Edición y prólogo  
de Carlos Blanco  
Aguinaga y  
Antonio Carrera,  
Editorial Aguilar,  
México, 1973. Dos  
tomos, 2066 pp.

**A**unque quisiera ser impersonal —u objetivo, ¿hasta donde la objetividad?—, aunque quisiera serlo no podría. Cuando murió Emilio dijo alguno de nosotros que había sido nuestro abuelo, nuestro hermano y nuestro hijo. Así era Emilio: sabio, hondo, sonriente, infantil. Como si hubiera estado siempre en el origen de todas las cosas. ¿Necesaria una breve acotación? Tal vez. El “nosotros” que acabo de escribir tres frases más arriba se refiere al entonces grupo joven (los que hacíamos *Presencia*) entre los cuales estaban José Miguel García Ascot, Teresa Silva, Angel Palerm, Jacinto Viqueira, Echeverría el pintor, Carlos Blanco Aguinaga, en quien confió la publicación de su obra Emilio Prados, Tomás Segovia —aunque Tomás no fuera exactamente del mismo grupo no puede olvidarse la amistad que existió entre él y Emilio.

Todo lo anterior para decir, muy sencillamente, que la obra de Emilio Prados nos “toca” especialmente como espero que llegue a tocar a muchos, ahora que su obra completa aparece.

La obra de Prados es muy vasta. Intentar descifrar sus variados matices no es cosa fácil, y no lo es sobre todo en una nota. Naturalmente Prados pertenece a la generación del 27 —o que ha dado en así ser bautizada con poca exactitud. Amigo de Dalí, de García Lorca, de Altolaguirre, Emilio Prados —su obra hasta ahora no ha corrido la suerte que ciertamente merece— es un poeta de excepción; uno de los grandes poetas de la lengua. Desde *Tiempo*, su primer libro, se notan a la vez ecos de los tiempos —todos los poetas de la generación los tenían en mayor o menor medida— y se nota ya lo que podría llamarse una cierta “diferencia específica”. Por sugerencias, por atisbos, Pra-

# libros libros libros libros

dos es acaso de los poetas españoles de su generación el que más se acerca al romanticismo y sobre todo al romanticismo alemán. En un sentido muy preciso: su obra es obra que penetra en el mundo de los sueños, en el mundo de las ensueñaciones que son también realidades o sustitutos espirituales de la realidad. Yo diría que siempre hubo en Prados, aun cuando esta tendencia se acentuó con los años y con el destierro, una clara tendencia espiritual, una clara tendencia a la mística: a la mística y a la soledad o, mejor dicho, a una personalidad que busca su rostro en los espejos pero que sabe que su rostro tiene que buscarse en el espíritu.

Nada de lo anterior significa que, en su momento, Emilio no fuera esto que hoy llamamos poeta “comprometido”. Lo fue durante la guerra de España y después de ella y escribió, en su libro *Destino fiel* el mejor poema de la guerra de España. Se trata, en efecto, de aquel romance que empieza diciendo:

*Entre cañones me miro*

*entre cañones me miro:*

*castillos de mi razón*

*y fronteras de mi sueño,*

*¿dónde comienza mi entraña*

*y dónde termina el viento?*

Es en efecto, el mismo romance que acaba diciendo:

*¿Dónde comienzas, Madrid,*

*o es Madrid que eres mi cuerpo?*

En este poema de la “ciudad sitiada”, y sin dejar de ser un poema político —un poema civil— aparecen dos vivencias que acaban por ser dos constantes en la obra de Prados: el cuerpo, por una parte y, por otra, esta fusión vivida, soñada, siempre deseada entre el cuerpo y el mundo, entre el espíritu y el

cuerpo. Porque la poesía de Prados que he calificado de espiritual —en el sentido de anímica y en el sentido de este soplo que viene a llenar la vida— no es nunca angustista ni es nunca descorporizada. Alma y cuerpo se funden como se funden alma y mundo, en una experiencia unitiva que, por unitiva, he llamado precisamente, mística.

Claro que existe la angustia —profundísima angustia— en la obra de Prados: (“no quería, no quería haber nacido”). Pero la angustia se sublima y se supera al identificarse naturaleza y conciencia. El cuerpo es “cuerpo perseguido”, pero es también barco vislumbrado, “barco sobre el horizonte” donde “un corazón se esconde”.

De la época de España —o de Suiza—, creo que los mejores libros de Prados son *Tiempo* (1925), *Cuerpo perseguido* (1927-1928). De su época de exilio, *Minima muerte* (1939-1944), *Jardín cerrado* (1940-1946) y *La piedra escrita* (1958-1960). Poesía a veces desesperada, sí, pero poesía que, más allá de la desesperación, más allá del “demonio de la nada”, se encuentra cara a cara con el Espíritu. No abandona Prados los poemas cortos —semi-dichos, alusivos más que denotativos, obsesionalmente incompletos y prolongados por puntos suspensivos o bien cerrados en un paréntesis que viene a ser el meta-lenguaje del poema. Entre estos poemas breves, algunos de los mejores que Prados escribió.



Pero, sobre todo en *Jardin cerrado*, se amplía el ámbito del verso, se respira con una respiración más sosegada, crece el poema hasta llegar a ser todo un ritmo del alma, todo un ritmo del mundo, todo un ritmo del cuerpo-alma. Así, por ejemplo, en este largo y hermoso poema que se llama "Dormido despierto", del cual no quiero dejar de citar los versos iniciales:

*¿Por qué me llamas dormido  
compañero?  
Porque cuando miras  
al agua del río,  
siento que te pierdo*

*Y pregunto a la adelfa  
y al junco pregunto  
y al lirio del huerto,  
si te han visto pasar  
y me dicen:  
- Tan sólo sentimos  
un roce en el viento.*

La poesía de Emilio Prados es —no tengo la menor duda— una de las mejores obras que se realizaron en España —y en Hispanoamérica— en esta extraordinaria generación a la cual pertenecen. ¿Poesía menor? No nos confundamos. Lo que está dicho en rima, lo que está dicho en voz baja no tiene por qué ser menor. Confidencias, secretos, rincones del alma —y del mundo— antes no explorados, surgen de estos hondos silencios y de estas exquisitas palabras (exquisitas en el sentido que Valéry empleaba la palabra al hablar de Mallarmé). ¿Panteísmo? La palabra es demasiado abstracta y sobre todo demasiado vaga. La obsesión por la muerte —angustia de Prados— no se desvanece. El centro de sus preocupaciones acaba por ser Dios:

*Miro hacia Dios*

*Vuelvo a bajar los ojos.*

*Mi pie no deja sombra por la tierra.*

Repito la pregunta: ¿en este poeta alma y mundo, espíritu y materia, donde se unen y funden sueño y vigilia, ¿existe una tendencia panteísta? Tal vez en un sentido sí: Dios acaba por estar presente en el mundo sin que necesariamente se confunda con el mundo. Pero más que de panteísmo habría que hablar de una escala mística —de hecho existe en todas las "épocas" de Prados— que va de la duda vivida a la angustia vivida para acabar en la Luz.

Las *Obras completas* de Emilio Prados —¡por fin asequibles!— vienen a llenar un cierto hueco, un cierto olvido que ahora será memoria: "memoria del olvido".

Hay que decirlo: la edición de Carlos Blanco Aguinagua y Antonio Carreira es impecable; la bibliografía, hasta don-

de sé, exhaustiva. Y este lector que esto escribe solamente puede terminar con una frase: léase la obra de Emilio Prados, léase cuidadosamente, porque es honda, porque es matizada como "un roce en el viento" y porque presenta una variedad mucho mayor de la que podrían hacernos percibir sus libros sueltos.

Ramón Xirau.

## El otro proceso de Kafka (Sobre las Cartas a Felice), de Elias Canetti

de Elias Canetti

*Traducido del  
alemán por  
Michael  
Faber-Kaiser y  
Mario Muchnik.  
Muchnik Editores,  
Barcelona, 1976.  
206 pp.*

**H**ace nueve años un inesperado volumen se añadió como tomo décimo y final a las *Gesammelte Werke* de Franz Kafka: *Briefe an Felice und andere Korrespondenz aus der Verlobungszeit*, editadas por Erich Heller y Jürgen Born. Las *Cartas a Felice*, 750 páginas escritas de 1912 a 1918 pertenecen a la serie de insignes memorias, autobiografías y epistolarios de que se nutrió el propio Kafka y que por la investigación de un ser individual permiten avanzar en el conocimiento de nosotros mismos.

En 1955 la mujer a quien Max Brod y los otros biógrafos de Kafka se refirieron durante mucho tiempo únicamente por sus iniciales vendió las cartas para que se imprimiesen después de su muerte. A diferencia de Greta y Milena, las otras amadas de Kafka, Felice Bauer pudo sobrevivir al nazismo y murió en 1960.

Nadie mejor que Elias Canetti para comentar las *Cartas a Felice*. Como Kafka, Canetti ha descrito magistralmente las funciones del poder (*Mass und Macht*, su obra monumental, al fin ha sido publicada en castellano por el mismo editor y traductor de este libro). Sefardi nacido en Bulgaria, Canetti es un gran practicante de una literatura *mineur* en la connotación deleuziana del término: no es alemán pero escribe una prosa alemana tan admirable como la de Kafka. Esta versión la representa diestramente. A su vez José María Pérez Gay ha publicado buenas traducciones de Canetti en *La Cultura en México*.

Felice Bauer dirigía una empresa en Berlín. El 13 de agosto de 1912, en tránsito hacia Budapest, se detuvo en Praga para visitar a la familia Brod. Allí conoció a Kafka quien le llevaba a Max, su mejor amigo, el manuscrito de su primer libro, *Contemplación*. Kafka se enamoró de Felice, empezó a enviarle cartas cotidianas, a veces dos o tres al día. En los siete meses transcurridos antes de que volvieran a verse escribió aproximadamente la mitad de toda su correspondencia.

No se conservan las respuestas de Felice, mujer de negocios, resuelta, activa, compacta, a la que Kafka intenta atrapar mediante la escritura. Oralmente nada comunicativo, en la libertad de las cartas puede exteriorizarlo todo, intentar establecer nexos entre su debilidad, su indecisión, y la salud hacendosa de Felice; quejarse sin escrúpulos de todas las cosas y hacerse autorreproches: "¿Todavía no te produce náuseas mi presencia?" "Soy un blando gusano que se arrastra por el suelo."

En medio del desaliento y el fracaso hay posibilidades de fuerza y felicidad: simultáneamente a su autodenigración Kafka establece su dignidad personal como escritor. En los tres primeros meses de correspondencia escribe *La condena*. "El fogonero" y otros cinco capítulos de *América*, y sobre todo *La metamorfosis*, cima de su maestría. Trabaja gracias a las cartas. Sin este alimento el escribir se volvería imposible. (De hecho la productividad se interrumpe en enero de 1913.) Felice le da cuanto necesita: seguridad lejana, fuente de fuerza que no trastorna su sensibilidad mediante contactos demasiado estrechos. Es una mujer a su disposición sin esperar de él más que palabras.

